

IV

Alfredo Fouillée y la filosofía francesa contemporánea

IV. — Alfredo Fouillée y la filosofía francesa contemporánea. ⁽¹⁾

1.—INTRODUCCIÓN (Taine, Renán).

En la filosofía francesa, Augusto Comte († en 1857) aparece como la figura más grande del siglo XIX. La influencia que ejerció en un amplio radio de acción se ha manifestado palpablemente el día de la inauguración de su busto, en Mayo de 1902. El positivismo es la corriente mental más característica y más importante que Francia produjo durante todo el siglo pasado. Durante la mayor parte de este período tuvo por adversario un espiritualismo popular, representado por Victor Cousin y sus discípulos, favorecido por los poderes públicos. Sin embargo, á partir de mediados de siglo, Taine y Renán ejercieron una gran influencia sobre la nueva generación, no solamente bajo el punto de vista filosófico, sino también, y principalmente, en el terreno li-

(1) Sobre cada uno de los filósofos que estudia Höffding, agrupándolos en torno á Fouillée, se han hecho en Francia los siguientes trabajos monográficos: *La filosofía de Augusto Comte*, por Lévy Bruhl París, Félix Alcán, 2.^a edición, dos volúmenes, 1905. *La filosofía de Hipólito Taine*, por Barzalotte, profesor en la Universidad de Roma. París, 1900. R. Allier: *La filosofía de Renán*, 2.^a edición, 1903. Gabriel Seailles. *La filosofía de Renanvier: Introducción al neo criticismo*. París, 1905.— (N. del T.)

terario. Á su lado, pero como figura aislada, se coloca Carlos Renouvier, el representante de una filosofía estrictamente crítica. En este punto queda una laguna en mi exposición de la historia de la filosofía moderna, puesto que por lo que respecta á Francia, me detuve en Augusto Comte. Esta laguna, aun ahora, no me siento con fuerzas para llenarla. Sólo puedo dar una pequeña característica de Taine y de Renán á guisa de introducción á la forma francesa de la filosofía de la evolución, cuyo representante es Fouillée, y después de esto, una característica análoga de Renouvier en relación con el papel desempeñado por el principio de la discontinuidad en el pensamiento francés más reciente. Serían de un gran interés intelectual monografías sobre estos tres hombres considerados como filósofos; ilustrarían el curso de la evolución mental desde mediados del siglo XIX. La Real Academia de Ciencias de Dinamarca abrió un concurso para una monografía sobre Renouvier, cuya vasta producción literaria ofrece dificultades particulares para ser considerada y caracterizada en su conjunto; pero no se presentaron soluciones al problema planteado.

Hipólito Taine (1828-1893) es conocido, sobre todo, como crítico de arte y de literatura y como crítico del espíritu «realista». La literatura danesa posee un estudio hermoso acerca de Taine, considerado bajo este punto de vista en la disertación doctoral de Jorge Brandes sobre la estética francesa contemporánea (1870). Taine, como crítico, se esforzaba, ante todo, en comprender las obras de arte y sus creadores, buscando en qué condiciones externas se desenvolvieron (el medio), en qué situación trabajaron (el momento), de qué raza descendían y qué facultad preponderante se manifestaba en sus obras. Este último elemento estaba esencialmente condicionado por los tres primeros.

En su juventud trabajó Taine bajo la opresión y la resistencia, pero con una energía constante y un entusiasmo sostenido. Sus cartas de juventud, que hace poco se publicaron, nos dan á conocer su retrato jovial en este tiempo. Más

tarde, como profesor de Historia del Arte en la Escuela de Bellas Artes, tuvo ocasión de ejercer influencia sobre medios intelectuales más importantes, y trabajó en aquel momento en condiciones más favorables con la aplicación infatigable, que fué la característica de toda su vida. El rasgo característico de Taine como orador, escritor y pensador, era, sobre todo, su facultad de crear el retrato de un conjunto por la acumulación de rasgos particulares. Oyendo sus lecciones, se podía sentir cansancio al principio—yo pude confirmarlo personalmente—con la descripción objetiva, árida, que va de parte á parte, de cualidad á cualidad. Pero la materia de que disponía era tan abundante y su modo de pintar tenía tanta energía, que antes de llegar al fin se veía destacar la imagen del conjunto, clara y viva, en la imaginación.

Aún tengo presente en mi memoria una lección sobre la escultura griega. No iba acompañada de reproducciones; pero durante la larga descripción que hizo Taine, dibujaba en el aire tan bien, que al fin parecía tener ante él, sobre la mesa, erigida una estatua. Su arte de describir era completamente opuesto al de Julio Lange, cuya fuerza consiste en analizar un retrato de conjunto, después de haberle colocado ante sus oyentes, bien por medio de una reproducción, ó por la excitación inmediata de su imaginación. Taine iba de las partes al todo; Lange va del todo á las partes.

Taine nos dejó una obra de genuina filosofía en su libro *La inteligencia* (1870), que es una psicología inspirada en la Escuela inglesa. Esta obra traduce la gran influencia que sobre él ejercieron Stuart Mill, Bain y Spencer. Lo que presenta particular interés en este libro de admirable estilo, es desde luego la explicación del desenvolvimiento intelectual por una lucha por la vida que entablan entre sí los elementos psíquicos. Continuamente se forman, dice Taine, elementos que llevan el sello de la realidad, especie de alucinaciones normales; estas alucinaciones entran en lucha, y la que sale victoriosa es una sensación, una percepción sensible, que, por lo tanto, se puede definir como una «alucina-

ción verdadera». Durante este combate están además activas también las tendencias motrices originarias de los elementos del conocimiento. Toda sensación ó representación está primitivamente unida á una propensión al movimiento. Poco á poco esta tendencia motriz se debilita y gasta, y sólo entonces aparecen la percepción y la representación sensibles teoréticas. Por último, aún puede considerarse como una característica de la psicología de Taine, que haya recurrido con tanta frecuencia á los estados patológicos para explicar la vida consciente. Este último rasgo permaneció siendo peculiar á la psicología francesa, tal vez porque la patología nerviosa francesa, sobre todo con Charcot y sus discípulos, le proporcionaba importantísimos materiales. Ribot, cuya primer obra, *La psicología inglesa contemporánea*, apareció en 1870, ha seguido sobre todo este camino en trabajos sucesivos, haciendo lo propio Alfredo Binet y Pedro Janet. La psicología francesa contemporánea saca de allí su sello especial, del mismo modo que la psicología inglesa (con Ward, James y Stout) saca el suyo del análisis, y la psicología alemana (en los discípulos de Fechner y de Wundt) de la experimentación.

Antes que en este libro (principalmente en *Los filósofos franceses del siglo XIX*) Taine había criticado vivamente el espiritualismo dominante (la escuela de Cousin) y recomendado á Comte. Pero solo era positivista en el amplio sentido de la palabra. El positivismo para él, como para Ardigó, era el punto de partida, no el término. Por una parte, quería que el análisis de los conceptos y de los estados se llevase más lejos de lo que juzgaban necesario los discípulos del positivismo estricto; por otra, permanecía firmemente aferrado al problema de una concepción definitiva del mundo, y en este sentido creía en la metafísica. Mirando á este problema termina su libro *La inteligencia* con estas palabras: veo los límites de mi espíritu, pero no veo los límites del espíritu humano. En las obras universalmente conocidas de Taine sobre la historia del arte y la literatura, desempeña un gran papel la psicología,

gía, tal vez demasiado grande, puesto que está inclinado al procedimiento deductivo y tiende á sacar exclusivamente un fenómeno artístico de un elemento singular (facultad preponderante ó medio). Esto le impide, entre otras cosas, en su estudio sobre Shakespeare, descubrir, por ejemplo, los matices más delicados y las manifestaciones psíquicas más íntimas, que solo se revelan a la observación perseverante y al análisis paciente. Todas las obras de que hablamos aparecieron antes de 1870. Entonces había tenido la intención de continuar su trabajo puramente psicológico y completar su libro sobre el conocimiento, con un libro sobre la voluntad. Pero las terribles catástrofes que castigaron á su país le condujeron á estudios históricos. Quiso comprender las desgracias de Francia por su pasado y sacar de este estudio una nueva esperanza. De allí salió su gran obra *Orígenes de la Francia contemporánea* (1876 1894). El primer volumen (El antiguo régimen), donde en los puntos esenciales toma á Tocqueville por modelo, tiene principalmente interés filosófico; pero los dos últimos volúmenes (El régimen moderno) son también igualmente curiosos, y cuando se quiere conocer el siglo XIX no deben dejar de leerse. Proporcionan importantes datos para la sociología. Hubo razón en afirmar que la exposición que hace de la revolución francesa (en otros volúmenes) establece la manera científica de considerar este suceso, en oposición á las formas declamatorias y revolucionarias. Por el contrario, se le reprocha ocuparse mucho de las causas generales, y de no apreciar suficientemente la influencia de la situación política especial y momentánea. Su odio contra la frase, le inclina también á desconocer el entusiasmo suscitado por las grandes esperanzas. Su modo de presentar las cosas, no puede hacernos comprender cómo pudo nacer entonces *La Marsellesa*.

La concepción filosófica de Taine estuvo determinada por su temperamento. Él mismo nos dice que era «un hombre naturalmente triste.» El golpe de Estado de 1851 y la derrota de 1870, debieron aumentar su mal humor contra las cosas

exteriores. Vivió la mayor parte de su vida en el trabajo y en el mundo del pensamiento. Sentía necesidad de sumergirse en el gran encadenamiento necesario del ser. Marco Aurelio y Espinosa eran sus autores predilectos. Bajo el punto de vista religioso simpatizaba con el protestantismo, y después de su viaje á Inglaterra, esperaba ver nacer un movimiento religioso libre. Pero permaneció siendo estoico hasta su muerte, y durante sus últimos días leía aún á Marco Aurelio «como una especie de liturgia» (1).

Ernesto Renán (1823-1892) presenta en el camino que ha seguido su evolución una serie extraordinariamente amplia de etapas, y el arte biográfico, susceptible de encontrar entre ellas el encadenamiento interno no se aplicó aún á este asunto. Él mismo nos pintó su infancia y su juventud en aquella de sus obras, muy superior á las otras, por la intimidad y profundidad de emoción (*Souvenirs d'enfance et de jeunesse*). Según su propia aserción, la crítica histórica fué la que le hizo abandonar el seminario y desviarse de la creencia católica. Sin embargo, bien pronto se desenvolvió en él una fe entusiasta en la ciencia y en la importancia que tendrían sus resultados para el vulgo.

Este optimismo filosófico y democrático, lo manifestó en un trabajo sobre el *Porvenir de la ciencia*, hecho en 1848 y 1849, pero que publicó mucho tiempo después que había perdido la fe que expresaba en él. El golpe de Estado y la reacción, le inspiraron un pesimismo del que ya no pudo desprenderse. Más tarde tuvieron lugar la derrota y la insurrección de la Commune. Como hombre de ciencia, se distinguió sobre todo por sus obras de lingüística y de historia religiosa, de las cuales no hemos de hablar en detalle, por no ser este lugar á propósito. Bajo la tercera República, tuvo la

(1) Soy deudor de algunos conceptos de mi análisis de Taine á Boutmy (Taine, Renán, Schérer; París, 1900), y al elogio de Taine, hecho por Alberto Sorel en su discurso de recepción en la Academia francesa (1895).

satisfacción de ver que se le confería la alta categoría de director del Colegio de Francia, y mientras que daba la última mano á sus trabajos, llevó su reflexión de un modo ligero é ingenioso hacia los grandes problemas que tanto le habían preocupado en su juventud. En todos los círculos se oía con gusto al conversacionista escéptico del que por lo menos se sabía, de segunda ó tercera mano, que era un hombre eminente. En sus propósitos, conversaciones y escritos de esta época, se mostraba, ya lleno de emoción, ya impertinente, ya sublime, ya agotado; esta perpetua oscilación, cuyo punto central era poco fácil de descubrir, acaso tenía alguno, parecía ser á los ojos de muchos la expresión de la verdadera libertad de espíritu y de la abundancia de ideas. El ejercicio del pensamiento por aquel entonces solo era para él un juego que le proporcionaba distracción después de estudios más serios. Toda posición bien definida en frente de cuestiones trascendentales se le había hecho imposible, porque él mismo había adoptado muchas y muy variadas posiciones. Por esto se privó á sí mismo y á los otros del precioso resultado de sus esfuerzos é investigaciones prolongadas. Con razón se ha podido decir de él que «fué cándidamente engañado por el miedo de ser engañado».

La importancia de Renán como pensador, durante los últimos años de su vida, se debe más á que su pensamiento aparece como sintomático de cierta corriente de la época, que á un trabajo real consagrado al estudio de los problemas. Tal vez haya que buscar la razón oculta de esto en el hecho de permanecer arraigado su corazón en la religión de la infancia, con la cual se había familiarizado mientras fué «educado por mujeres y por sacerdotes» (educación en la que hay que buscar, según él, la explicación de sus cualidades y de sus defectos). Lo que le animó en la posteridad, sólo era un simple eco de ella—un eco semejante al sonido de la campana sumergida en el mar y que en los momentos de calma se puede oír aún en nuestros días en las costas de Bretaña. Una fe general idealista, es posible sin duda; pero solo es su-

ficiente para el tiempo en que vivimos bajo el dominio de los viejos hábitos. Pero esto no perdura. Vivimos—dice Renán en muchos lugares—de la sombra de una sombra; ¿de qué se vivirá después de nosotros? Renán no llegó á adoptar una posición firme y viril frente á esta cuestión; solo sentía que le aguijoneaba en ciertos estados de alma.

Hay entre las obras de Renán dos que tienen interés para caracterizar su posición filosófica durante sus últimos años. En la primavera de 1871, en el tiempo que residió en Versalles durante la insurrección de la Commune, escribió Renán los *Diálogos y fragmentos filosóficos*, que se publicaron en 1876. Contiene conversaciones entre «tres filósofos de la escuela que tiene por principios fundamentales el culto al ideal, la negación de lo sobrenatural y la investigación de la realidad.» En ellos se discute é inquiriere cuál es el fin ideal de la evolución del mundo. Porque debe tener un fin el universo, no puede ser una simple serie de ondas que se pierden en la nada. No hay que buscar el fin de la evolución en la gran masa de los seres, que tienen un mínimum de gozo y de cultura y por el contrario un máximimum de trabajo. El fin, según Renán, debe ser el gobierno de la razón, y solo un pequeño círculo puede participar de él. La masa no tiene otra importancia que la de servir de terreno en el cual germinan los genios. Los hombres de genio y los inteligentes que saben apreciarlos, son el objeto final de la historia. Es de lamentar que la ignorancia de las masas sea la condición necesaria para llegar á este fin; pero la naturaleza no se preocupa de semejante cosa. Sería uno conducido á la degeneración, al descenso de nivel, si quisiese comprometerse en las vías de la democracia; en aquéllas, ningún dios se ha creado. Democracia y ciencia son antípodas. La evolución está caracterizada por el hecho de que el instinto se separa de la reflexión, la religión y el arte de la ciencia.

Renán ve aquí algo que la edad media había visto ya á su manera. Encontraba una verdad en este orden medioeval, según el cual había hombres que rogaban por los que

no tenían tiempo de rogar. Los hombres de ciencia deben ser los sacerdotes de los tiempos nuevos.

Claramente resuena en Renán el eco del sacerdote, y este eco—al menos por un instante—le hace encontrar la paz en esta solución del problema de la civilización, que, por otra parte, como más tarde veremos, fué enseñado casi en la misma época con una fuerza muy distinta, aunque con más consecuencia, por un pensador alemán. Renán tenía la opinión de que los sabios, que debían ser el fin de la evolución, podían muy bien amar el pueblo, de modo que pudieran hacerle agradable su dominio. Esto es lo que Nietzsche procura negar.

Algunos años antes de su muerte publicó Renán una especie de testamento filosófico en su *Examen de conciencia filosófica* (1888), publicado en las «Hojas sueltas». Encontramos al principio de este artículo algunas frases, que son características de Renán. «El primer deber del hombre sincero, dice, es el de no influir en sus propias opiniones, de dejar que la realidad se refleje en él como en la cámara oscura del fotógrafo y de asistir como espectador á las batallas interiores en que luchan las ideas en el fondo de la conciencia... Ante estas modificaciones internas de nuestra retina intelectual, debemos permanecer pasivos.» Naturalmente es verdad, que si queremos establecer nuestro balance intelectual, no debemos descontar, sino buscar, lo que realmente se piensa en nosotros. Pero una tendencia hacia fines determinados contribuye á la creación de cada una de las partidas de la cuenta; una tendencia involuntaria, como la dirección que á cada instante damos á nuestros ojos, para que lo que atrae la atención pueda impresionar la parte central de la retina. Es, por lo tanto, una ilusión, creer que se es un espectador puramente pasivo, ante lo que pasa por la retina del espíritu. Toda hipótesis científica, de la misma manera que toda concepción de la vida, tiene el carácter de un riesgo. No asistimos nunca como espectadores desinteresados al combate de las ideas fundamentales y de los valores fundamen-

tales. En todo caso si ensayamos hacerlo, no será ventajoso para el pensamiento.

Dos ideas constituyen el fondo del testamento filosófico de Renán. La primera es que tan pronto como nos movemos, sea poco ó mucho, siempre que lo hacemos, encontramos el infinito. Por muy fuertemente asidos que estemos á la experiencia en el interior de nuestro mundo (ó en nuestra parte del mundo) no tenemos, sin embargo, el derecho de creer que los resultados de la experiencia tienen un valor absoluto. Bajo el punto de vista del infinito nada es imposible, y la infinidad del porvenir ahogará muchas dificultades. ¡No neguemos, pues, nada, no afirmemos nada, pero esperemos!—La segunda idea completa la primera. En medio del misterio y de la incertidumbre que nos rodean, surgen las cuatro auto-ridades sublimes: el amor, la religión, la poesía y la virtud, que niega el egoísta, pero que, á su pesar, rigen al mundo. Percibimos por ellas la voz del universo, ó si se quiere, la voz de Dios: la armonía de las esferas celestes, la música del infinito. En ella se manifiesta el *nisus* profundo, que se ejerce por la evolución del mundo en medio de la resistencia de la materia refractaria (y esta materia, en nuestra parte del mundo, es tal vez singularmente recalcitrante).

El testamento filosófico es menos irónico y menos escéptico que los escritos precedentes. La teoría de los grandes hombres, fines del universo, no se encuentra en él. Pero se ignora si Renán la quitó de él. Tampoco se ve si sostiene aún lo que decía algunos años antes al fin de su artículo sobre Amiel (que se encontrará también en las «Hojas sueltas»). Amiel había vituperado su manera ligera é irónica de tratar las cosas serias. Renán le respondió, diciendo que la ironía debe ser la última palabra de la filosofía. En cuanto al fin de la evolución del mundo, aún no sabemos si lo tiene. Tal vez no sea todo más que «un mal sainete». ¡Y por nada nos dejaríamos engañar! Dudando entre estas dos posibilidades—que la vida es algo seria, ó que es una pura broma—se evita el ser engañado *por completo*, mientras que con la elección defini-

tiva de una de estas dos hipótesis, se expone uno, por el contrario, al peligro de tener que soportar una ilusión completa. Hay que ser prudente, sobre todo por los demás. Por lo que á sí respecta, cada uno puede aventurarse á grandes riesgos; pero no hay derecho á comprometer á los demás, á exponerse á un completo naufragio. Por consiguiente, importa estar *ad-utrumque paratus*, y á esto se llega dudando entre la creencia y la duda, entre el optimismo y la ironía.

Carlos Renouvier observa con razón sobre este punto, que por vacilaciones de este género se pierden fácilmente las pretensiones en uno y otro sentido, y advierte que puede muy bien suceder que la *elección* sea *precisamente* lo esencial (1). Es completamente posible que la energía personal, que escoge su lugar y lo afirma reivindicando todas las consecuencias, se aproxime mucho más á la verdadera realidad del mundo que las dos posibilidades descritas por Renán.

Tal vez se pueda encontrar una explicación psicológica del punto de vista en que Renán se colocó durante sus últimos años en su pasado y en su raza. El contraste entre la plenitud de su fe infantil y el vacío aparente del crítico, había dejado en su vida una huella profunda, y podría decirse que la única cosa positiva en él sólo era un eco cuya resonancia no podía impedir antes de morir. Ardigó en su vejez, consideraba también la religión como un sueño poético; pero con toda la energía del pensamiento y de la voluntad edificó para sí una nueva ciudadela. Es verdad que el catolicismo de Renán era de una especie distinta del de Ardigó. El joven seminarista se había habituado á recibir pasivamente y del exterior sus experiencias vitales en lugar de suscitarlas por un

(1) Carlos Renouvier, *Bosquejo de una clasificación sistemática de las doctrinas filosóficas*.—París, 1886, II, pág. 395.—Consultar además sobre Renán á G. Leailles, *Ernesto Renán*, ensayo de biografía psicológica. París, 1894. Madame Darmestetter, *La vida de Ernesto Renán*, París, 1898. Ed. Palzhoff, *Ernesto Renán*. Ein. Lebensbild, Leipzig, 1900.

trabajo interior enérgico, por una participación activa en la vida. Le pareció más fácil continuar más tarde asistiendo como espectador al combate de las ideas y al combate de la vida. Dejó que los estados de su espíritu se sucedieran como las imágenes de un caleidoscopio; ningún proceso interno de cristalización se operó en él. Su temperamento de celta no era capaz de reunir las opiniones contradictorias para formar con ellas un todo, con una tonalidad determinada.

2.—LA FILOSOFÍA EVOLUCIONISTA DE FOUILLÉE

Si hubiese que citar un pensador, del cual se pudiese decir que es continuador en el campo filosófico de los trabajos de Taine, habría que nombrar ante todo á Alfredo Fouillée (que nació en 1838). El encadenamiento, sometido á leyes muy acentuadas para Taine, se vuelve á encontrar en Fouillée, que se presenta al mismo tiempo como adversario declarado del diletantismo filosófico, que fué el de Renán en su vejez. Pero los escritos filosóficos de Fouillée atestiguan además la dirección idealista que el pensamiento filosófico se propuso seguir hacia fines del último siglo.

Fouillée enseñó filosofía en Burdeos y en París; pero se retiró más tarde á Monton por razones de salud.

Sus primeros escritos se refieren á la historia de la filosofía griega. Por el estudio de Platón llegó á formarse su concepción filosófica (*La filosofía de Platón*, 1869). Platón consideraba el mundo de las ideas y el mundo de las experiencias como antítesis bien manifiestas, de tal modo, que solo el primero tenía realidad verdadera. El naturalismo moderno afirma, por el contrario, que el mundo de las experiencias, es decir, el encadenamiento de la naturaleza tal y como se presenta en la experiencia, es la única realidad. Cuando del estudio de Platón vino á parar Fouillée á los problemas contemporáneos, su misión debía ser la de «volver á traer del cielo á la tierra las ideas de Platón, reconciliando así el

idealismo con el materialismo». Así es como él mismo caracteriza su esfuerzo. (*El movimiento idealista y la reacción contra la ciencia positiva*, 1896, p. 21). Funda la posibilidad de esta reconciliación en el hecho de que la idea puede conducir al acto. Insiste singularmente sobre el hecho de que la idea de la libertad es capaz de suscitar un esfuerzo y determinar una fuerza independientemente de que seamos libres ó no en el sentido indeterminista (*La libertad y el determinismo*, 1872). Aquí tenemos ya la idea fundamental de la psicología de Fouillée, que es también la idea capital de toda su filosofía. A esta idea la llama él *idea-fuerza*.

Según su manera de ver, este concepto nos permite establecer una aproximación entre las diferentes tendencias filosóficas. Empleó por primera vez esta expresión en la *Revista filosófica* en 1879. A las ideas de la conciencia, están inmediatamente unidas las tendencias en el cerebro. Aquí tenemos ante nosotros, al mismo tiempo, un hecho fisiológico y un hecho psicológico, de suerte que aquí se revela un ideal que se expresa por el determinismo de la misma naturaleza. Antes de la idea consciente, este ideal obra ya en la tendencia orgánica al desenvolvimiento y al crecimiento, de la misma manera que en la simpatía instintiva. Hay una voluntad en toda la naturaleza, y la sentimos tanto en el movimiento exterior como en la sensación interna. Lo moral y lo físico, la conciencia y la vida, lo individual y lo social, la libertad y la solidaridad, obran aquí como una cosa única. (*La ciencia social contemporánea*, 1880.)

En la *Psicología de las ideas-fuerzas*, el más importante de sus libros, Fouillée desarrolló su idea capital en el aspecto puramente psicológico. Este libro contiene la mejor exposición de la psicología del voluntarismo. Fouillée considera sin ambages la psicología como el estudio de la voluntad. Ve muy bien que nuestra voluntad no es objeto de observación inmediata; pero en lugar de concluir de esto, como lo hacen otros, que entonces la voluntad no es nada, prefiere

—y en mi sentir (1) con mucha razón—sacar la conclusión contraria, de que nuestra voluntad es idéntica á nosotros mismos. Según Fouillée, la Psicología estuvo hasta ahora sometida á la influencia del intelectualismo, en perjuicio suyo. No se observó bien que los fenómenos psicológicos son siempre manifestaciones de un impulso ó de un apetito, que están acompañadas de placer ó de dolor, según estén favorecidas ó embarazadas. Poco importa que consideremos los fenómenos en su aspecto fisiológico ó en su aspecto psicológico. Cuando consideramos estos dos aspectos como opuestos, debemos reflexionar que solo tenemos en ellos, para hablar con propiedad, dos abstracciones («dos rasgos de una realidad única y total»). Todo discernimiento, aun el más elemental, supone ya una elección, una preferencia («preferencia, elección práctica rudimentaria»). El discernimiento y la preferencia vienen á resultar lo mismo en los casos más sencillos, tal es aquel en que el animal distingue el placer que experimenta comiendo y el sentimiento doloroso del hambre. Solo se percibe sensiblemente lo que es importante en el combate por la existencia y (en el sentido más amplio de la palabra) la voluntad es la que estimula la percepción sensible y condiciona sus formas más diferenciadas. Lo que es verdad de la percepción sensible, se aplica también al reconocimiento y al recuerdo. Reconocemos y conservamos en nuestra memoria, ante todo, lo que ofrece interés práctico. Poco á poco el interés aumenta—concurriendo con la experiencia—y sobrepuja lo momentáneo é inmediato. Así es como se han formado hasta los principios lógicos abstractos. Todo pensamiento ó toda idea caracteriza una dirección más ó menos consciente de nuestra vida, que es esfuerzo ó percepción sensible. Aquí se manifiesta una gran continuidad entre todos los procesos psíquicos. Todo estado de conciencia puede lla-

(1) Consúltese mi artículo sobre el *Reconocimiento, la asociación y la actividad psíquica* («Wierteljahrsschrift für Wissensch.» Philos. XIV, págs. 307 y sigs. Psicología 7, B, 4.

marse idea en cuanto consiste en un discernimiento, y fuerza en cuanto consiste en una preferencia.

La ética de Fouillée está íntimamente unida á su psicología. Hace resaltar principalmente que no me es posible tener conciencia de mí mismo sin tener conciencia de los demás seres; concibo estos seres en analogía conmigo mismo y á mí mismo con relación á ellos. Por esta relatividad de nuestra concepción están ya dadas una solidaridad y una tendencia altruista. Bajo el punto de vista puramente intelectual, ya me es imposible considerarme á mí mismo como el sér único. Los límites trazados al orgullo individual fijan también límites al egoísmo práctico. Aun aquí tenemos una idea, que es á la vez una fuerza, puesto que se confunde con una tendencia involuntaria que al llegar á hacerse consciente se presenta con carácter imperativo. El ideal consiste en alejarse de la corriente en que se mueve involuntariamente nuestra tendencia y (en razón de la unión que existe entre la relatividad y la solidaridad) toma la forma de la idea de un reino de la libertad, de la igualdad y de la justicia. Fouillée no ha desenvuelto aún hasta aquí el modo de concebir la ética, en un tratado bien encadenado, aun cuando lo haya planteado en diferentes pasajes de sus obras. Sirve de base á un trabajo principalmente crítico que presenta un gran interés para la historia de la moral contemporánea. (*Crítica de los sistemas de moral contemporáneos*, 1893) (1).

En su filosofía general, Fouillée insiste sobre todo en

(1) Al escribir esta nota, advertimos que en el año actual (1908) está publicada ya la Ética de Fouillée: *Moral de las ideas-fuerzas*. Si hacemos un balance filosófico de la obra de Fouillée que empieza á tener lectores entre nosotros, veremos que los trabajos de Ética son superiores y más numerosos que los de Metafísica y Psicología. Hélos aquí: *Libertad y determinismo*; *Sistemas de Moral contemporánea*; *La moral, el arte y la religión, según Guyau*; *Francia en su aspecto moral*; *Nietzsche y el inmoralismo*; *El moralismo de Kant*; *Elementos sociológicos de la moral*; *Moral de las ideas-fuerzas*. Hay que advertir que

esto: que no hay ninguna razón para explicar únicamente la existencia, según los fenómenos más elementales ó según los puntos de vista más abstractos. De ello se hace culpable el materialismo, cuando lo reduce todo al movimiento. El movimiento no es más que el punto de vista sobre la realidad, y le apoya en sensaciones visuales y táctiles. El idealismo comete la misma falta, cuando lo reduce todo á la idea; la idea como el movimiento es una abstracción. Las ciencias particulares tienden á hacer de sus puntos de vista la única expresión de la realidad. Pero todo punto de vista especial solo tiene un aspecto. Una filosofía debe concebir la realidad como un todo, en el cual los puntos de vista particulares tienen, cada uno de por sí, la justificación de su importancia. Pero como la existencia psíquica es la única realidad inmediatamente dada que conocemos, hay fundamento para interpretar la existencia en su conjunto por analogía con ella. A partir de Kant, se consideró con frecuencia el pensamiento como algo que nos separa de la realidad, en lugar de considerarlo como algo que nos une á ella y que es en sí mismo una especie de realidad. Pero la Metafísica debió aprender á fundarse en la única experiencia inmediata que tenemos. Esta experiencia: se teme el dolor, es más inmediata que esta otra: un choque da nacimiento al movimiento.—Fouillée desenvolvió sobre todo sus ideas metafísicas en *El porvenir de la metafísica* (1889).

Toda metafísica es hipotética y se basa sobre la analogía. Es una expansión muy elevada que sale de la necesidad propia de la vida personal de encontrarse formando unidad con la vida universal. Esta vida universal se la concibe como un gran todo, como conjunto de fuerzas que obran conjuntamente. Solo hay, pues, analogías psicológicas y también analogías sociológicas con el fundamento de ideas metafísicas.

Fouillée es el filósofo más fecundo de la Francia actual, y el único tal vez cuya producción en su país tiene carácter de filosofía sistemática.—(N. del T.)

La palabra «Dios», que más ó menos es siempre la expresión de una representación tomada de las relaciones humanas, designa la razón más íntima y la inclinación más íntima de la sociedad universal de las cosas (*des Daseins*).

Pero aquí no podemos ir más allá de un esquema hipotético. La síntesis última que intenta hacer nuestro pensamiento, no puede concebirse por nosotros de una manera tan positiva como una unión especial entre fenómenos cuyo conocimiento preciso y definitivo tenemos nosotros. No tenemos como los kantianos, necesidad de introducir nuevos dogmas en nombre de la moral; por el contrario, las ideas definitivamente establecidas no son objeto de ironía ó de burla, como en el diletantismo de Renán. En la misma necesidad que tenemos de obrar siguiendo nuestro ideal, aunque la victoria del mismo sea incierta, se oculta un postulado idealista: «una especulación en pensamiento y en acto sobre el sentido del mundo y de la vida.» La fórmula de este postulado en proposiciones determinadas, permanece siendo hipotética. Los sistemas metafísicos empeñan entre sí un combate interminable por la existencia. Se trata de saber cuál de entre ellos será el más favorecido por el ambiente científico dominante. Las posibilidades de una concepción metafísica, se restringirán cada vez más á medida que el conocimiento progresa. La victoria será para aquella concepción que haga ver su derecho al análisis y á la síntesis del mundo más completo. Pero el velo de Isis nunca será levantado y siempre quedará amplio campo donde puedan explayarse la imaginación y el simbolismo religioso. Estas últimas ideas refrendan no solamente las de Renán, sino también las de Alberto Lange y las de un pensador que está muy cerca de Fouillée y del cual habré de hablar más tarde: me refiero á Guyau.

3.—LA FILOSOFÍA DE LA DISCONTINUIDAD

Taine y Fouillée, de la misma manera que Wundt y Ardigó, son evidentemente los filósofos de la continuidad. Sus esfuerzos tienden á encontrar la mayor síntesis posible de la experiencia y completarla de tal modo, que el principio de continuidad se mantenga en cuanto posible sea. En oposición á los ensayos de este género, hay una serie de esfuerzos que se apoyan por un lado en razones empíricas y por otro en razones morales, para reivindicar la importancia de la discontinuidad. Las aspiraciones de este género son características de la tendencia idealista, que se ha manifestado á principios del siglo XX, mientras que el idealismo reinante á principios del siglo XIX era esencialmente una filosofía de la continuidad. En la literatura filosófica francesa, la filosofía de lo discontinuo se manifiesta de un modo muy interesante y enérgico. Se pueden distinguir tres motivos diferentes, que son determinantes para la filosofía de la discontinuidad. La experiencia presenta diversidades cualitativas, que la especulación y la teoría de la evolución no habían llegado á simplificar. El positivismo de Comte había reconocido expresamente el abismo que separa los diversos campos de la naturaleza. Para Comte, toda ciencia nueva caracterizaba un grupo especial irreductible de fenómenos.—Además, aun en cada grupo particular de fenómenos, la ley de causalidad solo puede encontrar una confirmación completa. Por esta razón se vuelve otra vez á Hume y se opone su empirismo á los ensayos hechos por Kant y por el evolucionismo para lograr un resultado.—Por último, se transfiere al espíritu de iniciativa el poder que se tiene para introducir por el pensamiento y por los actos algo nuevo en el mundo y se acentúa con fuerza la importancia moral de este poder.—En los dos pensadores que vamos á estudiar como representantes de la filosofía de lo discontinuo, estos tres motivos obran sobre el conjunto de un modo diferente.

4.—CARLOS RENOUVIER

Carlos Renouvier es el Nestor de la filosofía contemporánea. Nació en 1818 y es aún actualmente (1901) un escritor activo (1). Alumno de la Escuela politécnica, recibió en ella su cultura científica y fué en su juventud un celoso San Simoniano y un ardiente republicano. Vivió siempre en la vida privada y ejerció, por lo tanto, por sus obras y por la revista que publicó durante cierto tiempo, una influencia bastante considerable. Todos sus escritos nos revelan un pensador enérgico, rico en conocimientos y de un carácter serio; por lo mismo, como otros muchos filósofos franceses, su mayor fuerza está en la crítica. En nombre de la lógica, como en nombre de la moral, declara guerra á toda clase de teorías de la continuidad, que reposa sobre una mística teológica, sobre una especulación metafísica ó sobre hipótesis científicas. Su actividad de crítico y de pensador comenzó á revelarse mucho antes de la época objeto del presente libro. Mi historia de la filosofía moderna, como ya lo hice notar, contiene aquí una laguna por lo que respecta á la Francia contemporánea, laguna, que aún no me encuentro en condiciones de poder llenar.

Paso por alto las obras anteriores (entre las cuales las más importantes son los *Ensayos de crítica general* (1854-1869) y me detengo solamente en sus escritos del último cuarto de siglo. Para orientarse sobre su punto de vista, hay que estudiar las obras siguientes: *Clasificación sistemática de las doctrinas filosóficas* (1885), *La nueva monadología y los dilemas de la Metafísica pura* (1901) (2); además de estos libros hay muchos artículos importantes en el *Año filosófico*, editado por Pillón, colaborador y amigo de Renouvier.

El mismo Renouvier expuso la marcha de su evolución,

(1) Renouvier murió en 1903.

(2) *El personalismo* se publicó en el último año de su vida, 1903.